Balas secretas

Antumbra

Capítulo 1

Balas secretas

Los cuatro ladrones yacían muertos a mi alrededor. No me tomó más de un minuto. De hecho, tardé más en recuperar la consciencia que en actuar. Habiendo recobrado el sentido, cogí la maleta que portaba uno de los cadáveres y la revisé: cinco teléfonos, cuatro billeteras, tres monederos y muchos billetes arrugados con monedas sueltas de diferente denominación. Era el triste botín de unos malandros descarados. En fin, quien a plomo mata, a plomo muere. Es mi lema. O al menos, el de ahora.

El viento helado de la madrugada soplaba trayendo consigo un presagio siniestro, pero no me preocupé, porque todo estaba hecho. Yo era el mal presagio hecho persona, y lo único que se requirió fue una primera bala… una bala se necesitó para que las cosas se torcieran. Ahora, las disparaba a diestra y siniestra, y nunca me sentí más reconfortado conmigo mismo. Ahora me preguntaba: ¿Qué era lo que había estado haciendo toda mi vida antes de esto? Solía soñar con que, un día, habría un verdadero cambio en el corazón de las personas. Ahora, sólo pensaba que eso era un pensamiento fútil y vano; durante años, presencié cientos de actos viles, despiadados, ruines y nefastos por parte de personas cuyo pobre intelecto y escasa suerte les había empujado a tales actos de vandalismo, en pequeña y mediana escala. ¿Por qué no había yo intervenido? Porque simplemente no era algo que, según yo, me correspondiera hacer. Ignorar y callar. Esa fue mi manera de pensar durante mucho tiempo. Sin embargo, el ver a la gente sufrir, verse desprotegida, desamparada y completamente a su suerte me llevó a pensar que, si me incomodaba tanto, debía hacer algo al respecto. Sin embargo, nunca habría tenido el valor, de no ser por una figura que me inspiró a torcerme…

Mi padre había pertenecido a las fuerzas del ejército mexicano desde antes de que yo naciera. No lo veía salvo unas cuantas semanas al año, pero me bastaba. Yo sabía que él cumplía su deber con la patria, protegiéndola de todo peligro que pudiese surgir para la población. Cuando cumplí diez años, mi padre se unió a la Policía Federal. Dijo que pretendía seguir protegiendo a la ciudadanía, como siempre, pero que ahora podríamos pasar más tiempo de calidad. Lo cumplió.

Yo siempre lo admiré. Crecí fuerte y sano, aspirando un día a convertirme en oficial de policía y defender el derecho a la seguridad y la libertad de la ciudadanía al igual que él. Por ello, mis calificaciones en la escuela siempre habían sido altas, y era muy exigente conmigo mismo, pues pensaba que un buen oficial debía ser alguien recto, inteligente y de

temple de acero. Aunque hubo compañeros de grupo que quisieron tomar ventaja de mi avocación al estudio para molestarme, siempre supe cómo defenderme. No tuve que levantar un solo puño contra nadie. El diálogo siempre había sido mi medio favorito para solucionar las cosas, y de alguna manera, los que un día quisieron ser mis enemigos terminaron siendo mis amigos. Sin embargo, ellos sólo me dejaron en paz para avocarse a molestar a otro. ¿Hice mal por poner a los delincuentes de mi parte? Si yo hubiese cedido, otros no habrían sufrido la condena de abuso escolar que a mí me habría correspondido recibir. No hice nada. No intervine, no discutí, no delaté. Preferí mantenerme al margen de los problemas, con tal de mantener limpio mi historial, y en el ejercicio de mi indiferencia,. dejé que hicieran lo que quisieran, e incluso tuvieron mi apoyo en ciertas ocasiones; un día me hicieron esconder el plumón permanente con el que habían hecho un rayón en la pared del salón, y lo guardé en mi mochila, ya que yo, alumno intachable, no podía ser responsable de algo así; otro día, me hicieron traerles el encendedor de mi padre para incendiar una pila de libros de historia, y cuando me lo devolvieron, inculpé a otro compañero más sonso. Fui testigo y cómplice, pero nunca lo quise discutir con mi padre, quien siempre me daba charlas sobre lo importante que era ser solidario, justo y honesto.

Me gustaba llamarme a mí mismo "El observador". Eso fui durante mucho tiempo. Compartía los ideales de mi padre, pero nunca los ejercí. Sólo me protegía de manera cobarde. Eso puedo afirmarlo sin reservas, pues siempre he sido sincero conmigo mismo. Pasé a la preparatoria con gran facilidad, aplicando siempre la misma táctica, aunque ya no con tanta frecuencia porque, por lo que pude ver, entre más altos eran los estudios de las personas, eran más sutiles sus delitos. Antes era sólo vandalización de la propiedad ajena. Juegos de niños revoltosos. No. Los verdaderos delitos iban desde contrabandear libros de la biblioteca, hasta piratear la computadora de los profesores para obtener las versiones digitales de sus exámenes, con todo y respuestas. En fin. Ese tipo de injusticias también me irritaban, pero no había mucho que yo pudiera… corrijo, no había mucho que quisiera hacer al respecto. Yo sólo quería proteger a la gente del abuso físico. Para lo demás, estaban los abogados, los cuales, hasta cierto punto, eran incapaces de garantizar la justicia.

Al terminar la preparatoria, ingresé a la Universidad de la Policía de la Ciudad de México. Basta con decir que mi rendimiento era perfecto, tanto en las pruebas escritas como prácticas. Sí. Hubo un punto en que creí que mi vida era perfecta. Mi familia estaba orgullosa de mí, mi padre era tan amoroso como podía demostrarlo cada que llegaba a casa por la media noche, la relación con mi hermano menor había sido espléndida desde siempre y vivíamos bien. Desgraciadamente, la vida da muchos giros inesperados.

Un día, mi padre salió al servicio, pero dejó su arma en el cajón donde siempre la guardaba, porque él predicaba el diálogo como medio para el

entendimiento y la reconciliación, además de que, según él, nunca había tenido necesidad de usarla. Yo le dije que era contra el reglamento, pero él insistió en que esa arma era sólo un símbolo de que la policía era más una fuerza de imposición que de protección. Finalmente, la dejó en casa. Gran error. Justamente el día que dejó su arma, fue el día que lo asesinaron durante un patrullaje en la colonia Iztacalco. Fue cerca de las once de la noche; él descendió de su vehículo para comprar algo en una tienda. Apenas salió, cuatro asaltantes vestidos de negro y con paliacates morados cubriéndoles de la nariz hacia abajo lo interceptaron y secuestraron. Usaron una vagoneta para llevárselo. Fue todo lo que pudo decir el sujeto de la tienda, que vio la escena con evidente temor. Menudo inútil. Para no verse afectado, aquel viejo pelmazo dejó que se llevaran a mi padre sin decir ni pío. Mi padre fue encontrado dos días después, desnudo y decapitado al lado de un basurero, con su traje de policía lleno de mierda cubriendo la bolsa negra en que lo metieron. La cabeza la habían guardado en una caja, con un mensaje que decía: "Abajo la opresión". Para él debió ser irónico morir por causa de los ciudadanos que había jurado defender.

Ese día lloré a solas como nunca lo había hecho. Pensé que si mi padre se hubiese llevado su arma, podría haberse defendido. Pero ¿En verdad se habría salvado? Es decir, mi padre era alguien pacifista, por lo que nunca habría podido emplear un arma de fuego contra alguien. Culpaba a los delincuentes por haber matado a mi padre, pero también culpé a mi padre por ingenuo. Sí, ingenuo. ¿Cómo pudo pensar que la gente era racional como él? Él no había hecho nada, pero fue precisamente por eso que fue asesinado.

En cuanto a los responsables, fueron arrestados bajo sospecha de asesinato esa misma noche. Sin embargo, las únicas pruebas presentadas ante el juez fue el testimonio del vendedor, y por lo escueta de su cooperación, se argumentó que, por falta de pruebas, no podían darles una sentencia. Quedaron en libertad. No hubo nada que hacer, salvo preparar la ceremonia fúnebre.

El día del entierro, se presentaron varios familiares del lado de mi padre que nunca había visto, todos en fila para darnos a mi madre y a mí sus condolencias. El cuerpo de policía en que él trabajaba también se presentó, y lo honraron con una bandera doblada en triángulo. Lo más difícil para mí fue ver la caja bajar lentamente al agujero donde pasaría la eternidad, sin saber quiénes estaban de pie ante su última morada. Ese fue el momento en que supe que era real. Mi padre no volvería nunca más. Y mi familia, una vez perfecta, se quedaría con una grieta en el corazón que no se borraría ni con el pasar de mil años.

Varios días después del funeral, entré al cuarto de mis padres, y revisé debajo de la almohada que solía usar mi padre. Ahí estaba la llavecita. Cogí el pequeño trozo de metal y lo usé para abrir el cajón. El arma

estaba ahí, intacta, limpia, con tres cargadores llenos y varias balas dispersas. Lo que pudo ser la salvación de mi padre se convirtió en su sentencia de muerte. La cogí con cuidado, asegurándome de que tuviera el seguro puesto. Había visto a mi padre desarmar y armar esa pistola muchas veces, y me mostró dónde estaba el seguro, cómo se cargaba, cómo se sostenía el arma entre las manos y cómo manejarla cuando no la usara, aún desde antes de entrar a la universidad. Apenas la rocé con la punta de los dedos, imaginé cómo habrían muerto los delincuentes bajo el yugo de aquel cañón en el hipotético caso de que no se hubiese quedado ahí, abandonada. Me gustó ese posible escenario, pero al darme cuenta de lo que pensaba, dejé el arma en el acto, cerré el cajón con llave y me aparté. Salí y me dirigí hacia mi cuarto, donde me la pasaba encerrado cuando no estaba en clase.

Mientras miraba hacia el techo, tumbado en mi cama, procuraba no pensar en nada, pero sentía un leve impulso en mi mano izquierda, la que había rozado el arma. “Tómala”, escuchaba en mi mente. Escuché esa palabra tantas veces que se me hizo extraña al cabo de tres horas de silencio. Sin poder soportarlo más, me levanté nuevamente y fui a ver el arma. Mi madre no estaba en casa, pues trabajaba como profesora de secundaria en doble turno. La casa era una tumba. Me quedé contemplando el pesado artefacto mientras en mi cuerpo se entremezclaban la fascinación, el odio y la duda, convergiendo en mi estómago y manifestándose como un doloroso e insistente hormigueo. Con la mano temblorosa, saqué un cartucho y lo recorrí completo con mis dedos. Sin pensarlo demasiado, cogí el arma, todas las municiones que ahí había y cerré de nuevo el cajón con llave. No quería que mi madre supiera que había tomado el arma. Mi hermano tampoco salía de su habitación. Él no se enteraría. Regresé a mi cuarto y puse el arma, los cartuchos y las balas sobre mi cama. ¿Qué pretendía hacer yo con eso? No tenía idea, pero de alguna manera, ver esa arma ahí me daba cierto consuelo. Como último gesto, tomé la placa de mi padre, la cual guardaba mi madre en una caja conmemorativa que le dieron luego del funeral, y me la embolsé, más como un amuleto que por otra cosa.

Medité durante días si debía llevar a cabo lo que me propuse, sin encontrar razones suficientes para hacerlo, e insuficientes para olvidarlo. Esa misma noche, escuché a mi madre regresar. Yo, para evitar hablar con ella, le puse el seguro a mi puerta, de modo que, por más que me tocó a la puerta, no contesté. Se rindió con rapidez, y fue a hablar con mi hermano. Pasadas un par de horas, durante las cuales no dejé de mirar el arma y sus accesorios, oí un leve lamento. Intrigado, abrí mi puerta lo más silenciosamente posible y me aventuré por el pasillo, sólo para poder escuchar bien lo que, en efecto era el llanto de mi madre, que sollozaba con el rostro hundido en la almohada que antes ocupó mi padre en la cama que compartieron por veinticinco años. Fue su desesperación y tristeza lo que, aparte de producirme un nudo en el alma, me ayudó a tomar una decisión. Puse la pistola dentro de mi mochila durante la

madrugada de un lunes, dispuesto a recorrer aquella zona maldita donde mi padre fue raptado en busca de los cuatro responsables. Menos mal recordaba el rostro de los cuatro idiotas, o de lo contrario, habría buscado a ciegas.

Salí a la calle vacía y tomé un camión que me llevó directo a una estación del metro subterráneo, con tal de aproximarme lo más posible al área sin caminar. La seguridad en el metro de la Ciudad de México es un puto chiste, me permití pensar con asco al tiempo que pasaba con un arma blanca con la misma jovialidad con que alguien metería un inocente caramelo. Por precaución, tomé un asiento cuan pronto entré en uno de los vagones de en medio y abracé la mochila, consciente de que en el interior de ésta se hallaba el artefacto con el que llamaría a la Parca misma. Estaba, más que temeroso de morir en el intento, ansioso por encontrarlos. Debió notarse a leguas que me sentía nervioso, pues la gente a mi alrededor se mantuvo alejada, e incluso, los dos pasajeros que estaban sentados a mi lado no tardaron en levantarse y proseguir el viaje aferrados a la barra horizontal que se hallaba sobre mi cabeza. Era como si pudieran ver mi aura oscura, consumiéndome. Mejor así. No perdería semejante efecto.

Una vez salí del metro, en la estación Iztacalco, y caminé durante media hora, hasta que encontré la tienda donde supuestamente había ocurrido el asesinato. Aún quedaban rastros de la cinta amarilla desperdigados por ahí, y la silueta de tiza también, aunque borrada parcialmente. Tuve que tomarme varios minutos para respirar hondo, porque me sentí con unas náuseas tremendas. Una vez mi sistema se adaptó, inspiré con fuerza y me entrevisté con el vendedor. Al principio, se negó a hablar conmigo. Eso me fastidió. Sin decoro alguno, cogí el arma de mi mochila y le apunté. Le puse un cargador vacío, más que nada por precaución. No quería matar a un inocente por error de dedo. El hombre cooperó como nunca lo hizo, ni siquiera durante el juicio; entre balbuceos, me explicó que ese cuarteto frecuentaba esa y las tres colonias del noroeste, y ya tenían cierta fama en el barrio. Se hacían llamar “Los Talacheros”. Se avocaban a asaltar camiones con cierta frecuencia, alternando cada par de semanas entre rutas para no ser identificados. Yo, por supuesto, me puse escéptico. ¿Por qué me lo decía? No me creía que ese sujeto se hubiese asustado de mi arma. Entonces, le pregunté:

—¿Por qué me dice todo esto, si en el juzgado no dijo nada? Pudo elegir otro momento.

—Joven, lamento su pérdida, pero tenía que asegurarme de que no hubiese represalias contra mi familia. Ellos me conocen, y a mis allegados. Fue sólo autodefensa, pero no ha pasado un día sin que me sienta terrible por lo que decidí. Si me permite enmendarlo, le diré lo que sé.

Le tomé la palabra. Confiando en la información que me dio, abordé un camión aleatorio que rondara las colonias aledañas. Así, recorrí esas minúsculas calles de ida y vuelta, usando el dinero de mi beca escolar para subsidiar los interminables viajes que hice en camión, paseándome por la colonia. ¿Por qué buscar así? ¿Acaso no era más efectivo caminar y rastrearlos? No. Si me los encontraba en solitario y los confrontaba, lo más seguro era que me matasen. Debía apostar en que esos ladrones no tardarían en volver a las andadas, y que, en algún instante, terminaría por ser asaltado por ellos.

Tenía que admitirlo. Me había vuelto loco. ¿Quién con suficiente cordura se aventuraría a una colonia peligrosa para ser asaltado? Nadie que yo conociera. A todos les ocurría cuando menos lo querían, y yo, que ardía en deseos de hallarlos, no vi ni rastro de esas sabandijas. No ocurrió ni ese día, ni al siguiente, ni al siguiente de ese. Cada vez que terminaban mis clases en la universidad, tomaba el camión y, en vez de dirigirme a casa, regresaba al área de mi sondeo, esperando que no asaltaran a nadie hasta que yo llegara, y durante los fines de semana, madrugaba para alcanzar los primeros camiones del día. Esa se convirtió en mi rutina. Por más de un año.

Durante ese tiempo, mi madre y yo peleamos una obscena cantidad de ocasiones, pues ella no entendía qué hacía yo fuera tantas horas, pero yo le ponía de excusa que se debía a mis estudios y compromisos. Mi hermano, por su parte, no se involucró en absoluto. Era un crío que acababa la secundaria, después de todo. Lo único que le pasaba por la mente eran chicas, fiestas y sus infinitas publicaciones en su perfil de Instagram y Facebook. Antes le recriminé esa indiferencia, pero conforme también me volví distante, agradecí que fuese así.

Mi padre a veces decía que la perseverancia diferenciaba a los niños de los hombres. Tenía razón. Durante más de un año, no desistí en mi búsqueda, pese a que en muchas ocasiones me sentí casi arrepentido. Lo único que me forzaba a continuar era el recuerdo de las noches que mi madre lloró al pie de la cama. Por cada lágrima suya, yo hacía una decena de viajes. Y siendo sincero, esa fue suficiente motivación, la cual vi recompensada un lunes que no tenía clases; tomé un camión. Subí al metro. Viajé por el subterráneo. Salí de la estación Iztacalco. Me subí a uno de los primeros camiones que aguardaban en la base situada a las afueras, y me senté hasta atrás, abrazando mi confiable mochila. Subieron un total de nueve personas a parte de mí. No había ninguna razón para que ese día fuese diferente a los otros, salvo porque, en el cruce de Avenida del Recreo y la calle Sur 113-A, un grupo de cuatro jóvenes con pañoletas cubriéndoles el rostro abordaron el camión con navajas y pistolas en mano, dispuestos a asaltar el transporte. Yo, como una costumbre arraigada, viajaba con la mano en el interior de mi mochila, sujetando el mango de la pistola por si debía sacarla rápidamente. Apenas vi el cañón de un arma apuntando a la cara del

conductor, yo me apresuré a colocarle un cargador lleno, y al mover la corredera del arma para poner la primera bala en la recámara, saqué el arma, me la guardé en un costado de la chaqueta y me hice el dormido. Si aparentaba no tener idea de la situación, pensé, ellos no creerían que yo fuese una amenaza a priori. Cuando los cuatro subieron por completo, esperé a que se distrajeran con los demás pasajeros, que comenzaron a gritar, y así tener la oportunidad perfecta. Debido a los cuchicheos temerosos de los pasajeros, me costó un poco de trabajo identificar las voces de los ladrones, pero no hizo falta. Cuando terminaron con los de adelante, ni siquiera me despertaron. A propósito, dejé mi mochila suelta a un lado, apostando porque actuara de señuelo. Funcionó. Escuché el arrastre de la tela por el asiento de plástico, y luego, los escuché bajar corriendo del camión. Fue enseguida que me levanté y, apuntándoles con mi arma desde la puerta del camión, disparé sin piedad a los cuatro bribones que, estúpidamente, se atrevieron a darme la espalda. Lo siguiente que hice fue ir a ver al conductor, y le dije que esperara. Él me obedeció. Lo siguiente que hice fue acercarme a los cuerpos, pasando a revisar sus identidades. Ahí estaban. Eran los cuatro que asesinaron a mi padre, y no cabía duda alguna, porque al encontrarlos ahí, babeando y con las miradas perdidas, un fuerte retortijón me invadió y me hizo vomitar ahí mismo, mientras que mis extremidades, frías como el hielo, se volvieron incapaces de sentir otra cosa que la frescura de la mañana. Antes de irme, me aseguré de que no respiraran. Ninguno lo hacía. Bien. Fueron tiros limpios, pero no me sorprendía. Mi puntuación en las prácticas de tiro eran notables. No eran de diez, pero sí destacables: a uno le destrocé la columna; a otro le di en el corazón; el tercero recibió la bala en la nuca y al cuarto le quebré media columna y le perforé un pulmón. Todos murieron en el acto. Con los cuerpos a mi alrededor, recuperé el botín de los idiotas, guardado en un absurdo maletín, y recuperé mi mochila. Lo siguiente que pasó fue que entregué el maletín a la gente del camión, y les pedí que, a cambio, no me delataran. Todos asintieron, agradecidos, mientras yo corría por las oscuras y escabrosas calles de la colonia Iztacalco, recorriendo veinte cuadras hasta que emergí en la Avenida Río Churubusco, por la que caminé durante más de cuarenta prolongados minutos, sin escuchar otra cosa que el incesante paso de los automóviles a gran velocidad, así como un vaivén de luces amarillas que me iluminaban por la espalda. Así, pasé horas caminando, sin importarme la distancia, sin recurrir al transporte público o al taxi. Llegaría a mi casa a pie. Ya había gastado mucho dinero en esa mierda de actividad.

Me permití vaciar mi mente durante el transcurso del recorrido, sólo porque mi cabeza no estaba para pensamientos elaborados, y cuando atisbé la puerta de mi casa, era casi mediodía, por lo que suspiré con alivio, mientras las lágrimas me recorrían las mejillas en abundancia. Abrí la puerta con las llaves de mi casa, y una vez dentro, me desplomé en el sillón de la sala, dejando la mochila a mi lado. Las piernas me temblaban de dolor, la garganta me ardía de respirar mal y la espalda la tenía tan

empapada que ya percibía mi camisa como una placa de hielo que me quemaba la piel. Mi estado era lamentable, pero no me importaba. Estaba hecho. ¿Qué más había que hacer? ¡Estaba hecho, cumplí con mi promesa! Impartí justicia, saldé la deuda roja que le dejaron a mi familia. Entonces, si ya había sido solucionado, ¿Por qué me sentía tan miserable? No lo comprendía, hasta que reparé en un pequeño detalle: mi madre me veía desde el comedor con una mirada atónita.

—¡Mamá! ¿Qué haces aquí?

Creí que había ido a la escuela, pero resultó que ella, al igual que yo, había tenido puente vacacional.

—Hijo… ¿D-De dónde vienes?

—Fui a atender un asunto con unos viejos conocidos, ¿Por qué preguntas, mamá?

—P-Por nada… vienes sudando.

—Sí, ha hecho algo de calor.

Al pasarme la mano por la frente, mi cuerpo entero quedó petrificado. Aquella sensación… en ese instante, mi madre carraspeó y salió de la casa con paso apresurado. Yo, por mi parte, me fui al baño a mirarme al espejo, y cuando me vi, no me reconocí: aquel sujeto que estaba reflejado tenía la frente llena de sangre, sus ojos estaban sumamente abiertos, y en su boca se dibujaba la sonrisa más macabra y psicótica que había visto en mi vida. En eso, tocaron a la puerta del baño.

—Ocupado —dije.

No hubo respuesta. Lo único que se oyó fue el sonido de la cerradura, seguido de pasos presurosos que se alejaban, y por último, el pesado arrastre de lo que se asemejó a un pesado mueble colocado frente a la puerta.

—¿Mamá? —intenté abrir la puerta, pero no era posible. Confirmé entonces mis sospechas: me habían encerrado—, ¡Mamá, déjame salir! ¡No es lo que piensas!

Pasé varios minutos golpeando la puerta, pero no hubo caso. Al cabo de diez minutos, el sonido de la sirena me alertó. Sabía lo que me esperaba, y fue cuando mi mente comenzó a alterarse. ¡No! ¡No quiero ir a prisión! Debía tomar mi mochila… ¡Carajo, la mochila! Ahí estaban los cargadores y las balas, pero el arma… yacía en mi chaqueta todavía. Tentado, extraje la pistola y la sostuve con mis manos temblorosas, pensando qué hacer. ¿Debía suicidarme? ¡No! ¡¿Por qué habría de hacerlo?! ¡Sólo impartí

justicia! ¡Le di el equilibrio a la corrupta balanza de poder que había gobernado esta ciudad con tanta torpeza e impunidad! ¡¿Por qué debía pagar con mi vida?! Aun así, sabía que la policía no me soltaría. Una vez asociaran los hechos, sabrían a ciencia cierta que había sido yo. Conocía bien los cargos que se me imputarían: cuátruple asesinato en primer grado con un arma de fuego. Eso ameritaría cadena perpetua, y sólo porque en el país estaba prohibida la sentencia de muerte. Sin escapatoria, sin futuro. Pasaría el resto de mi vida tras las rejas. ¿Lo merecía? Quizá, pero no me sentía listo para afrontar tal destino…

De pronto, la puerta se abrió. Yo, asustado, esperaba ver de un momento a otro a los oficiales con pistola en mano, entrando rápidamente al baño para arrestarme, pero no. En su lugar, el rostro de mi madre asomó tras la puerta, extendiéndome una toalla con la que pude secar mi rostro, aún húmedo por el agua roja que corría por mi cara. Confundido, la tomé, y me sequé con ella. En eso, mi madre entró al baño conmigo y, tomando el arma de mis temblorosas manos, me dijo que todo estaría bien. Para mi sorpresa, ella misma descargó el arma, y la metió en una bolsa con cierre hermético.

—¿Q-Qué haces, mamá? —le pregunté, confundido, mientras escuchaba las sirenas pasar de largo. Había sido sólo una falsa alarma.

—Sé lo que has… estado haciendo —aseveró ella con un gesto maltrecho, pero ecuánime—. No te diré que estuvo bien, pero… sólo promete, que no hablaremos de esto nunca.

—¿Es… es en serio, mamá? —le dije, mientras la vista se me nublaba.

Ella sólo asintió, enérgica, para luego abrazarme con una ternura que sólo podría ser provista por el férreo corazón de una madre afligida.

—Será nuestro secreto —insistió ella en mi oído—… será nuestro pequeño secreto.

De pronto, la voz desganada de mi hermano menor se escuchó en el pasillo:

—Oigan, ¿Qué es todo ese escándalo?

—Rápido, guárdala bien —me dijo, extendiéndome la bolsa con el arma.

Atendiendo su petición, tomé la bolsa y la oculté en el interior de mi chaqueta, de modo que, cuando mi hermano se asomó, mi madre hizo como que me revisaba la frente.

—¿Qué le pasó, mamá? —preguntó extrañado.

—Tu hermano se pegó en la cabeza, hijito, no te preocupes.

—¡No inventes! ¿Estás bien, Jorge? ¿Qué hacías?

—Sí, estoy bien. Nada, revisaba la regadera y me resbalé al pisar mal la tina.

—Ah, qué imbécil.

—Samuel, basta, mejor tráeme el botiquín —le espetó mi madre, alzando una voz que por poco se quebraba.

—Sí, ya voy. Rayos, ya nadie puede hacer una observación porque se enojan…

Así, amigo mío, termina mi anécdota. Quiero pensar que no me delatarás. Sé que nuestra convivencia fue breve en estas vacaciones, pero quiero que sepas que eres lo más cercano que he tenido a un amigo en mucho tiempo. De hecho, jamás me habría imaginado hacer un amigo que viniese de la misma ciudad que yo, aquí, en Londres. En fin. ¿Prometes guardarme este secreto?... Sabía que podía contar con ello. En cuanto a tu pasatiempo, te regalo mi historia. Sólo te pediré un favor: que mi nombre real no se sepa nunca... o yo mismo te encontraré.